



Democracia que se vive, futuro que se construye

DEMOCRACIA
DEMOCRACIA
DEMOCRACIA
DEMOCRACIA
DEMOCRACIA
DEMOCRACIA
DEMOCRACIA

Diciembre 2025

RENOVAR LA ESPERANZA: EL DESAFÍO DE LA NUEVA CENTROIZQUIERDA

Del agotamiento al proyecto común

CUANDO LA ADVERTENCIA SE CONVIERTE EN UNA URGENCIA POLÍTICA

Hay momentos en que los países parecen mirarse al espejo y no reconocerse. Chile atraviesa uno de ellos. Vivimos un tiempo marcado por la desconfianza, el cansancio y una desafección profunda que ha ido vaciando a la política de sentido. No es solo una crisis de instituciones: es una crisis de vínculo, de propósito y de representación. **El futuro ya está aquí**, y no llega como promesa, sino como presión concreta: nos **obliga a responder creativamente a sus exigencias**, a decidir cómo gobernamos los cambios tecnológicos, sociales y culturales que ya están reordenando la vida cotidiana.

La socialdemocracia —o como queramos nombrar a este mundo político: progresismo, centroizquierda, socialismo democrático— enfrenta hoy una disyuntiva histórica. No entre matices programáticos, sino entre reconstruirse con identidad y vocación de mayoría, o seguir deslizándose hacia la irrelevancia política y social. Los logros del Estado Social y de Bienestar, que fueron faros del siglo pasado, hoy son cuestionados por discursos regresivos que prometen orden sin justicia y eficiencia sin empatía, mientras la desigualdad persiste, las instituciones pierden credibilidad y las élites parecen hablar un idioma distinto al de la vida cotidiana.

Durante demasiado tiempo nos acostumbramos a mirar el país desde los datos y no desde los barrios; desde los paneles y no desde las plazas. Opinamos desde las pantallas, pero dejamos de pensar con los pies en la tierra. Sin relato compartido, sin presencia territorial y sin un proyecto común reconocible, la democracia comenzó a sentirse lejana, abstracta, incapaz de resolver lo concreto. Se volvió un eco sin voz, justo cuando la ciudadanía necesitaba respuestas claras frente a un mundo que cambia aceleradamente.

Este diagnóstico no surge solo del análisis estratégico, sino también de las reflexiones colectivas acumuladas en estos años. Nos obliga a reconocer una verdad incómoda: Chile necesita algo más que buena gestión. Necesita convicción, coherencia y coraje político para enfrentar un futuro que no espera. Y eso exige asumir que el problema no es únicamente externo, sino también interno: fragmentación, dilución identitaria y postergación permanente de decisiones estratégicas, en un contexto donde **la inacción también es una forma de decisión**.

La crisis democrática que vivimos es profundamente social. Chile conoce el precio de perder la democracia y también el costo de darla por sentada. La recuperamos con esperanza y la consolidamos con esfuerzo, pero hoy corre el riesgo de vaciarse desde dentro. No basta con que las instituciones funcionen; deben sentirse propias. La democracia se marchita cuando las decisiones se toman lejos de donde la gente vive, trabaja o cuida, y cuando persiste una desigualdad estructural en el acceso al poder y a la palabra.

Este texto nace desde esa constatación, pero también desde una convicción: **no estamos condenados a este escenario**. Existe un espacio político amplio —socialdemócrata, progresista y democrático— que puede y debe reencontrarse con la sociedad chilena. Pero para hacerlo se requiere decisión. No basta con administrar la inercia ni con esperar que otros ordenen el tablero o definan el rumbo.

Tenemos por delante un ciclo político acotado. Cuatro años para reconstruir un referente, articular una nueva centroizquierda progresista, recuperar autonomía política y volver a disputar mayorías. El tiempo para hacerlo no es indefinido. **Es ahora**.

Entre el agotamiento y el proyecto común, la diferencia no la marcará el diagnóstico —que ya es compartido—, sino la capacidad de actuar, converger y asumir el costo de decidir.

NOTA METODOLÓGICA

Este documento es el resultado de un proceso de reflexión y trabajo colectivo desarrollado durante más de tres meses, orientado deliberadamente a articular diagnóstico político, escucha activa y construcción estratégica. No surge de una elaboración cerrada ni de una definición cupular, sino de la convicción de que los desafíos que enfrenta el campo democrático requieren pensamiento compartido, deliberación honesta y capacidad de síntesis política.

En una primera etapa, integrantes de la Fundación aportaron insumos iniciales que permitieron identificar tensiones, nudos críticos y oportunidades del escenario político actual. Estos aportes fueron sistematizados y discutidos en espacios de deliberación interna, con el objetivo de avanzar desde miradas fragmentadas hacia una lectura común de los problemas y desafíos que enfrenta la centroizquierda y el progresismo en Chile.

Posteriormente, el proceso se abrió a una convocatoria más amplia, incorporando nuevas miradas, trayectorias y experiencias mediante metodologías participativas y conversaciones estructuradas. Esta apertura buscó enriquecer el análisis, evitar lógicas autorreferenciales y conectar la reflexión estratégica con la diversidad de experiencias políticas, territoriales y sociales que componen nuestro mundo.

El texto que aquí se presenta integra de manera coherente los aportes, debates y aprendizajes surgidos a lo largo de este proceso. No pretende cerrar una discusión, sino contribuir a ordenarla; no busca imponer una línea, sino ofrecer una base común para la toma de decisiones estratégicas, la articulación política y la reconstrucción de un proyecto compartido con vocación de mayoría.

EL AVANCE AUTORITARIO Y LA FRAGMENTACIÓN DEMOCRÁTICA: UNA MAYORÍA EN RIESGO

Chile atraviesa una crisis que ya no puede leerse solo como desgaste institucional o malestar social difuso. Lo que vivimos es una crisis política profunda, donde se combinan cansancio ciudadano, fragmentación democrática y un hecho ineludible: el avance de la extrema derecha, hoy expresado en el triunfo presidencial de José Antonio Kast.

Este resultado no es un accidente ni una anomalía aislada. Se inscribe en una tendencia internacional donde proyectos autoritarios logran llegar al poder por la vía electoral, capitalizando el miedo, la inseguridad y la desconfianza hacia la política tradicional. En Chile, ese avance se explica menos por adhesión doctrinaria masiva y más por la incapacidad del campo democrático de ofrecer certezas, protección y horizonte compartido.

El triunfo de Kast marca un punto de inflexión. La amenaza dejó de ser latente y pasó a ser real y en ejercicio. Ya no estamos discutiendo escenarios hipotéticos, sino las consecuencias concretas de un proyecto político que tensiona derechos, relativiza consensos democráticos y concibe el orden como sustituto de la justicia. Este nuevo contexto obliga a la centroizquierda progresista y al socialismo democrático a revisar con honestidad su propio rol en este desenlace.

Durante años, la política democrática —y en particular nuestro sector— fue incapaz de leer a tiempo los cambios profundos de la sociedad chilena. Cambiaron las formas de trabajo, los miedos cotidianos, la relación con el Estado, la percepción de inseguridad, el valor del tiempo, del cuidado y de la estabilidad. Sin embargo, muchas de nuestras respuestas siguieron ancladas en marcos antiguos, más preocupadas de administrar equilibrios internos que de reconstruir un vínculo real con la ciudadanía.

La desconexión fue creciendo. En lo social, persisten desigualdades materiales y simbólicas que afectan la vida cotidiana. En lo institucional, se instaló la percepción de un Estado lento, lejano y poco eficaz. En lo político, se profundizó la fragmentación, la personalización y la dificultad para construir mayorías estables. En ese vacío, la extrema derecha logró instalar un relato de control, orden y autoridad, ofreciendo respuestas simples a problemas complejos.

La centroizquierda progresista llega a este momento con debilidades estructurales evidentes. La fragmentación entre partidos, liderazgos y proyectos ha erosionado su capacidad de conducción. La pérdida de identidad clara —producto de años de subordinación estratégica, ambigüedad programática y temor a diferenciarse— ha diluido su rol histórico como articuladora de mayorías sociales. En lugar de

liderar un proyecto propio, muchas veces terminó reaccionando a la agenda de otros.

Este escenario no es solo responsabilidad de factores externos. La dispersión del socialismo democrático y la falta de autonomía política han tenido costos reales. Sin un referente claro, sin relato compartido y sin capacidad de articular convergencias, amplios sectores de la ciudadanía quedaron huérfanos de representación. Ese vacío fue ocupado por proyectos que no creen en la democracia como espacio de ampliación de derechos, sino como herramienta para imponer una visión excluyente de la sociedad.

El diagnóstico es claro y exigente: no estamos frente a una crisis de ideas, sino frente a una crisis de articulación, identidad y decisión estratégica. Existe un amplio mundo socialdemócrata, progresista y democrático —partidos, independientes, liderazgos territoriales, mundo social y técnico— que comparte valores de justicia social, libertades públicas y vocación democrática. Pero hoy ese mundo se encuentra disperso, sin un referente común capaz de ordenar, convocar y disputar mayorías.

La consecuencia política es evidente: sin mayoría democrática articulada, el avance autoritario se normaliza. No se trata solo de perder una elección, sino de permitir que se consolide un proyecto regresivo sin una alternativa sólida que lo enfrente con credibilidad, propuestas y presencia territorial. Este escenario no es irreversible, pero sí urgente. El principal riesgo no es la derrota pasada, sino la inercia presente: aceptar la fragmentación como destino, resignarse a la subordinación política o postergar indefinidamente las decisiones necesarias para reconstruir una nueva centroizquierda progresista con base socialdemócrata y autonomía estratégica.

El desafío que emerge de este diagnóstico es inequívoco: ordenar el espacio democrático, reconstruir identidad, articular convergencias y volver a disputar mayorías, no desde el miedo ni la nostalgia, sino desde una lectura honesta del país real y del momento histórico que enfrentamos.

La política democrática aún tiene una oportunidad, pero esa oportunidad no se sostiene sola. Requiere decisión, conducción y voluntad de actuar ahora. Frente al avance de la extrema derecha, la indefinición ya no es neutral: es funcional al retroceso democrático.

1.

DEMOCRATIZAR LA DEMOCRACIA: DEVOLVER PODER, RECONSTRUIR LEGITIMIDAD

El primer gran **desafío es democratizar la democracia** mediante mecanismos concretos que fortalezcan el poder local: presupuestos participativos, plebiscitos comunales y otras formas de participación vinculante. No se trata de multiplicar instancias por moda ni de gestos simbólicos, **sino de redistribuir poder político, económico y cultural**, para que el Estado vuelva a sentirse cercano, propio y al servicio de la vida cotidiana. Abrir las ventanas del Estado significa que la voz de quienes históricamente han sido ignorados deje de entrar solo como reclamo y pase a entrar como **decisión efectiva**.

En este sentido, paridad, descentralización, participación ciudadana, igualdad de género y enfoque climático no son consignas del pasado ni agendas identitarias aisladas: son **cimientos de una democracia real y legítima en el siglo XXI**. Una democracia paritaria y diversa no solo representa, **transforma**, porque cambia quién decide, qué se prioriza y cómo se construyen los acuerdos colectivos. La democracia se fortalece cuando mujeres, jóvenes, pueblos originarios, regiones y diversidades dejan de ser invitados ocasionales y pasan a ser **protagonistas permanentes** del rumbo del país.

Sin embargo, democratizar la democracia también exige enfrentar de manera directa la **crisis de representación y gobernabilidad que afecta al sistema político**. Hoy, muchos de los incentivos institucionales y políticos empujan al “discolaje” más que a la cooperación, debilitando la capacidad de construir mayorías estables y de sostener políticas públicas en el tiempo. Cuando la política

no logra ordenar, priorizar ni resolver, se profundiza el desencanto ciudadano y se abre espacio a discursos que prometen atajos, simplificaciones y soluciones autoritarias.

Por eso, necesitamos **una democracia con “delivery”**: capaz de traducir principios en resultados concretos, sin renunciar a sus valores fundamentales. **Igualdad y libertad** no pueden seguir presentándose como polos en disputa; **deben afirmarse como pilares complementarios** de un mismo proyecto democrático. Para ello, la formación ciudadana es clave, así como fortalecer la “musculatura” de participación política y **reconstruir el lazo social desde una política más humana**: que escuche, que esté presente en los territorios, que vuelva a mirar a los ojos y que no confunda gobernar con administrar lo posible.

Para la discusión política

- **Participación vinculante y poder local** como respuesta a la desafección: no es un adorno institucional, es redistribución real de poder.
- **Paridad, descentralización, diversidad y enfoque climático** como bases de legitimidad democrática, no como agendas sectoriales.
- **Crisis de gobernabilidad**: los incentivos al “discolaje” debilitan la cooperación y la construcción de mayorías estables.
- **“Democracia con delivery”**: resultados concretos sin abandonar principios; igualdad y libertad como binomio inseparable.
- **Formación ciudadana y reconstrucción del lazo social**: presencia territorial, escucha activa y humanización de la política.

2.

ESTADO Y MERCADO: CRECER CON COHESIÓN, GOBERNAR CON CAPACIDAD

El segundo desafío es **redefinir la relación entre Estado y mercado** a partir de objetivos nacionales claros y medibles. Durante décadas, Chile fue presentado como un caso exitoso de estabilidad y crecimiento, pero bajo esa superficie se acumularon tensiones sociales, territoriales y distributivas que terminaron estallando en 2019. Ese momento no fue solo protesta: fue la señal de un modelo que podía generar progreso económico, pero que **no estaba generando cohesión social suficiente**. Y cuando la cohesión se debilita, la democracia se vuelve frágil.

Hoy, frente a discursos que vuelven a prometer crecimiento a costa de reducir el Estado, la socialdemocracia y el progresismo deben sostener una verdad simple: **sin Estado no hay justicia posible**. Pero también deben decir otra verdad, igual de exigente y a veces omitida: **sin eficiencia pública no hay legitimidad**, y sin crecimiento económico sostenido no existen recursos reales para financiar bienestar, seguridad social y oportunidades. En este punto, el discurso no alcanza: **la ciudadanía evalúa por resultados concretos**.

Por eso es necesario ser explícitos con la ambición país. Chile necesita volver a crecer de manera sostenida. **El horizonte del 4% anual no es un fetiche ideológico** ni una cifra tecnocrática, sino una referencia a la escala de crecimiento requerida para crear empleos de calidad, financiar un Estado de bienestar robusto y reducir la desigualdad de manera efectiva. Ese objetivo, sin embargo, es inalcanzable si seguimos improvisando cada cuatro años, cambiando reglas, prioridades y

señales según el gobierno de turno. Se requiere una **estrategia de desarrollo acordada y estable**: un **Pacto Nacional de Desarrollo** que comprometa al Estado, las empresas, los trabajadores y los territorios en una visión compartida de largo plazo.

En esa ecuación, el mercado cumple un rol fundamental en el intercambio, la innovación y la generación de riqueza, pero **no garantiza por sí solo derechos básicos** ni puede ser el único motor del desarrollo. Al mismo tiempo, el Estado hoy aparece muchas veces incapaz de responder con oportunidad y calidad a demandas esenciales como seguridad, salud, tiempos de espera o trámites. Estamos en una transición donde ya no basta con declararse “pro Estado” o “pro mercado”. El desafío real es construir un **Estado que proteja sin asfixiar, que regule sin paralizar, que confíe en la ciudadanía y se haga respetar; un Estado fuerte, transparente y cercano**. Y, al mismo tiempo, un mercado con reglas justas, innovación y responsabilidad social.

Este enfoque debe aterrizarse en sectores donde Chile tiene ventajas estratégicas claras: la transición energética (hidrógeno verde, litio y energías renovables), la modernización agroalimentaria mediante tecnología e innovación, y el desarrollo de una plataforma científico-tecnológica capaz de proyectarse regionalmente. Pero nada de esto ocurre espontáneamente. Requiere **Estado estratégico**: que defina prioridades, invierta en capacidades y articule alianzas público-privadas para competir en un escenario global cada vez más exigente.

Modernizar el Estado implica profesionalizar el empleo público, mejorar la coordinación institucional y fortalecer la colaboración público-privada con liderazgo estratégico, especialmente en sectores clave. El desafío para la centroizquierda progresista y el socialismo democrático no es escoger entre Estado o mercado, sino **construir una economía de colaboración** al servicio del bienestar colectivo, incorporando los grandes desafíos del nuevo ciclo: inteligencia artificial, transición verde e innovación productiva. Esto exige también enfrentar con decisión el exceso de trabas y la llamada “DESpermisología” que hoy ahoga iniciativa e inversión, **sin caer en el falso dilema** de debilitar la protección social o ambiental.

Para la discusión política

- **Objetivos nacionales claros:** crecimiento y cohesión como binomio, no como bandos en disputa.
- **Lección 2019:** progreso económico sin cohesión social erosiona legitimidad democrática.
- **Triple verdad socialdemócrata:** sin Estado no

hay justicia; sin eficiencia pública no hay legitimidad; sin crecimiento no hay bienestar sostenible.

- **4% como referencia de ambición país:** empleo de calidad, financiamiento del bienestar y reducción real de desigualdad.
- **Pacto Nacional de Desarrollo:** estrategia de largo plazo que trascienda gobiernos y establece reglas.
- **Estado estratega:** prioridades claras, inversión en capacidades y alianzas público-privadas para competir.
- **Sectores foco:** transición energética, agroalimentación moderna y ciencia/innovación.
- **Modernización estatal:** profesionalización, coordinación y capacidad real de ejecución.
- Economía de colaboración: Estado y mercado al servicio del bien común (IA, innovación, desarrollo verde).
- **“DESpermisología”:** reducción de trabas sin debilitar protección ambiental ni social.

3.

SEGURIDAD: CONDICIÓN BÁSICA DE LA DEMOCRACIA Y DEL DESARROLLO

El tercer desafío no admite ambigüedades ni medias tintas: **la seguridad**. Sin seguridad no hay desarrollo posible, no hay inversión sostenible ni calidad de vida para las familias chilenas. Cuando el miedo se instala en la vida cotidiana, la democracia pierde terreno, la cohesión social se debilita y la política queda expuesta a soluciones autoritarias que prometen orden rápido a cualquier costo.

El avance del crimen organizado y del narcotráfico ya no es un fenómeno marginal ni acotado a ciertos territorios. Representa una **amenaza existencial para la democracia y para el modelo de desarrollo del país**. Allí donde estas redes logran capturar barrios, economías locales o instituciones, no solo se impone la violencia: se erosiona el Estado de derecho, se debilita la confianza y se normaliza la ilegalidad como forma de vida. Chile aún está a tiempo de evitar ese escenario, pero el margen se estrecha.

Por esto, es necesario un **Acuerdo de Estado en materia de seguridad**, sostenido en el tiempo y no subordinado a ciclos electorales. Un acuerdo que se proyecte al menos por tres gobiernos consecutivos, con presupuestos garantizados, estrategias coordinadas entre todas las instituciones y un compromiso político transversal real. Sin continuidad, sin cooperación y sin conducción estratégica, las políticas de seguridad fracasan, y el costo lo paga la ciudadanía.

La experiencia comparada es clara: cuando los Estados reaccionan tarde o de forma fragmentada, el crimen organizado avanza más rápido que las

instituciones. Colombia, México o Ecuador muestran lo difícil —y costoso— que es recuperar control una vez que la violencia se enquista. No se trata de alarmismo, sino de realismo político: **si el Estado no actúa con decisión, otros ocuparán ese espacio**.

La seguridad no es solo un tema policial. Es un objetivo nacional tan relevante como el crecimiento económico, y ambos se refuerzan mutuamente. Un país inseguro no atrae inversión de calidad, no retiene talento, no puede desarrollar turismo ni industrias competitivas. La inseguridad encarece la vida, fragmenta comunidades y limita oportunidades, especialmente para quienes menos tienen.

Por el contrario, un país seguro, con instituciones sólidas y coordinadas, se convierte en un polo de atracción para el capital humano y financiero que necesita para crecer y generar bienestar. La apuesta estratégica debe ser clara: **construir un Chile próspero y seguro**, donde el Estado y el mercado colaboren eficazmente, donde la prevención, la persecución penal, la justicia y las políticas sociales se articulen, y donde **las instituciones democráticas sean lo suficientemente fuertes para proteger tanto la libertad como la justicia**.

Para la discusión política

- **Seguridad como condición democrática:** sin seguridad no hay derechos ni cohesión social.
- **Crimen organizado y narcotráfico:** amenaza estructural al Estado de derecho, no problema marginal.
- **Acuerdo de Estado en seguridad:** continuidad

- por varios gobiernos, presupuestos garantizados y coordinación real.
- **Riesgo comparado:** actuar tarde facilita la captura territorial e institucional.
 - **Seguridad y crecimiento se refuerzan:** país inseguro no invierte ni prospera.
 - **Enfoque integral:** prevención, persecución penal, justicia eficaz y políticas sociales articuladas.
 - **Objetivo estratégico:** un Chile próspero y seguro, sin sacrificar libertades ni derechos.



PROGRESO Y DESARROLLO SOSTENIBLE: CRECER MEJOR, VIVIR MEJOR

El cuarto desafío es **redefinir el concepto de progreso** hacia un desarrollo verdaderamente sostenible. Cada generación hereda un país y decide qué hacer con él, y la nuestra enfrenta una responsabilidad ineludible: demostrar que es posible crecer sin destruir y prosperar sin excluir. El progreso ya no puede medirse únicamente en cifras macroeconómicas; debe medirse también en cohesión social, calidad de vida, cuidado del territorio y oportunidades reales para las generaciones futuras.

Chile cuenta con ventajas estratégicas evidentes. El cobre, el litio, el hidrógeno verde y las energías renovables no son solo riquezas naturales: representan la posibilidad concreta de **construir un nuevo modelo de desarrollo**. Pero ese potencial no se traduce automáticamente en bienestar. La experiencia demuestra que **producir más no garantiza vivir mejor**. El desafío es producir mejor, agregar valor, distribuir beneficios y construir capacidades productivas duraderas. No se trata de repartir pobreza, sino de **crear bienestar compartido y sostenible**.

En este contexto, el **campo democrático** —con una clara inspiración socialdemócrata y progresista— debe asumir el liderazgo de un **Pacto Nacional por el Desarrollo Sostenible**, que convoque al Estado, las empresas, los trabajadores y las comunidades en torno a un propósito común: crecer y progresar sin hipotecar el futuro. Esto implica avanzar en justicia climática, generar empleo verde y asegurar una transición justa, donde los costos y beneficios del cambio productivo no recaigan siempre sobre

los mismos territorios o grupos sociales.

Este pacto requiere una **estrategia país de largo plazo**, capaz de trascender los gobiernos y las coyunturas electorales. El desarrollo sostenible no puede seguir pensándose desde el centralismo ni desde decisiones fragmentadas. Debe anclarse en los territorios, reconociendo sus vocaciones productivas, capacidades y límites. En ese marco, las pymes cumplen un rol central: no solo como generadoras de empleo, sino como **motores de diversificación productiva**. Para ello, necesitan internacionalización, acceso efectivo al crédito y una articulación real entre financiamiento público y planificación estratégica de largo plazo.

La educación aparece aquí como un eje estructural. **Formar para la innovación, la solidaridad y el trabajo colectivo desde la infancia** es condición para sostener cualquier cambio de modelo. Un nuevo desarrollo no se construye solo con incentivos económicos, sino con capital humano, confianza social y capacidades colaborativas. Superar el statu quo implica ir más allá de subsidios y bonos, y avanzar hacia una **transformación productiva que genere autonomía, movilidad social y dignidad**.

Este enfoque exige una **Estrategia Nacional de Desarrollo Verde**, compartida entre Estado, empresas y trabajadores, con reglas claras y coherentes. Las políticas económicas no pueden avanzar en una dirección mientras las ambientales y sociales empujan en otra. La coherencia es clave para generar confianza e inversión de largo plazo.

La inversión extranjera, en este marco, debe vincularse a capacidades locales, transferir conocimiento y contribuir a la construcción de bienes públicos, en lugar de operar como enclave desconectado del desarrollo nacional.

Finalmente, **diversificar los motores de crecimiento** es una condición básica de sostenibilidad económica y democrática. Depender de un solo sector expone al país a ciclos de vulnerabilidad económica y social. La economía verde debe entenderse como una **oportunidad industrial y de empleo**, no solo como una agenda ambiental. Para ello se requiere un Estado moderno, con capacidad de planificar y ejecutar, que logre combinar competitividad con cohesión social y territorial.

Para la discusión política

- **Progreso redefinido:** crecer sin destruir y prosperar sin excluir.
- **Recursos estratégicos como base** de un nuevo

modelo de desarrollo, no como renta de corto plazo.

- **Pacto Nacional por el Desarrollo Sostenible:** justicia climática, empleo verde y transición justa.
- **Estrategia país de largo plazo** que trascienda gobiernos y supere el centralismo.
- **Territorios y pymes como motores** de diversificación productiva.
- **Educación para la innovación y el trabajo colectivo** como eje estructural del cambio de modelo.
- **Estrategia Nacional de Desarrollo Verde** con reglas claras y coherencia entre políticas públicas.
- **Inversión extranjera** vinculada a capacidades locales y construcción de bienes públicos.
- **Diversificación productiva y economía verde** como oportunidad industrial y de empleo de calidad.

5. ARTICULACIÓN POLÍTICA: RECONSTRUIR MAYORÍAS O QUEDAR A LA DERIVA

El quinto desafío es **reconstruir la articulación política desde una perspectiva radicalmente renovada**. Chile no solo se fragmenta en sus partidos; se fragmenta también en sus relatos, en sus lenguajes y en sus prioridades. Cada actor defiende su parcela, su identidad mínima o su nicho electoral, mientras el país pierde una conversación común sobre hacia dónde va. En ese vacío, el populismo avanza con facilidad: prospera cuando la política democrática renuncia a articular mayorías y ofrecer horizontes compartidos.

Hoy, mientras la derecha promete respuestas simples a problemas complejos, parte de la izquierda se repliega en la pureza moral, en la denuncia sin propuesta o en la administración defensiva de lo existente. Ninguna de esas posiciones construye gobernabilidad ni esperanza. El resultado es una política que discute consigo misma, mientras amplios sectores de la ciudadanía se sienten huérfanos de representación, sin un proyecto que los convoque ni una fuerza capaz de ordenar, articular y conducir.

La tarea estratégica es clara: **reconstruir la casa común de la centroizquierda**. No como una suma aritmética de siglas ni como un acuerdo meramente electoral, sino como un **nuevo referente socialdemócrata y progresista** —sea partido, federación u otra forma organizativa— con identidad definida, propósito claro y vocación real de poder. Un espacio capaz de convocar desde el mundo socialista hasta el democristiano, pero con una premisa explícita: no volver a una dependencia estructural de una sola fuerza. La articulación no puede seguir

condicionada por vetos cruzados, inmovilismos ajenos ni cálculos de corto plazo. Si algunos sectores no están disponibles para una opción transformadora, el camino debe continuar con quienes sí lo están.

Los actores más afines y disponibles para esta construcción son evidentes. El Partido Radical y el Partido Liberal aparecen como socios naturales, junto a un amplio mundo de independientes progresistas que quedaron sin expresión política tras el debilitamiento de las estructuras tradicionales. A ello se suma un ecosistema diverso y real: antiguos militantes del socialismo democrático, articulaciones territoriales de alcaldes y concejales, ex democristianos sin partido, fundaciones y redes políticas como Nuevo Trato, diputadas y diputados independientes cercanos a este mundo, además de alcaldes, concejales y gobernadores regionales. No se trata de un vacío, sino de un campo político disponible que espera organización, articulación y conducción, junto con un propósito compartido.

Esta nueva construcción debe tener un sentido claro desde el inicio, pero también debe hacerse en el proceso, de manera abierta, transparente y participativa. La política tradicional se debilitó, entre otras razones, por prácticas cupulares que alejaron a la ciudadanía y desmovilizaron a los liderazgos territoriales. Repetir ese camino sería un error estratégico. La legitimidad de una nueva fuerza no vendrá solo de su programa, sino del modo en que se construya, de quiénes participen y de cómo se tomen las decisiones.

Al mismo tiempo, la estrategia debe combinar apertura con realismo político. Las puertas deben permanecer abiertas para fuerzas que hoy parecen menos disponibles, pero que comparten raíces democráticas fundamentales. La Democracia Cristiana y la Federación Regionalista Verde Social muestran una disposición mayor a la que suele percibirse públicamente. Esa flexibilidad, combinada con principios firmes, plazos claros y autonomía estratégica, puede convertirse en una fortaleza si se gestiona con inteligencia y coherencia.

El momento histórico exige audacia. No podemos seguir esperando que otros definan nuestro destino político. La centroizquierda tiene hoy la oportunidad —y la responsabilidad— de liderar un proceso de renovación profunda de la política, capaz de responder a las urgencias del país y a la expectativa de cambio de la ciudadanía. Esta nueva fuerza debe nacer moderna, diversa, territorial y con vocación real de gobierno, no como oposición testimonial ni como ejercicio nostálgico del pasado.

Para que eso sea posible, el primer paso es fortalecer la **organización, la articulación y la conducción interna**. Los parlamentarios y dirigentes no pueden seguir hablando solo a su propio público ni operando con lógicas fragmentadas. La dilución de la identidad del PPD, en el intento de mimetizarse con aliados, ha debilitado su rol histórico. El PPD nació y creció como un partido reformista, pragmático y anticipador, capaz de traducir ideas en propuestas concretas. Recuperar esa identidad no es un gesto simbólico: es una condición política para liderar cualquier articulación mayor.

La propuesta concreta es que el PPD **colabore a generar la “Casa Grande” de la centroizquierda**, aportando a la articulación de una federación

efectiva junto al Partido Radical y el Partido Liberal, con plazos, metas y reglas claras. Una federación programática, territorial y electoral que otorgue estabilidad y volumen político real. Sin cerrar el proceso, esta articulación debe dejar abierta la puerta a **convergencias más amplias desde la Democracia Cristiana, la Federación Regionalista Verde Social, y esperamos que también con el Partido Socialista, con los cuales existe una larga trayectoria democrática y política en común**. La unidad no se decreta: se cultiva, se conversa y se construye en torno a un propósito compartido.

Finalmente, la gobernabilidad no es una consigna: se construye. Con acuerdos, consistencia y presencia territorial. El país necesita una reforma política que fortalezca los partidos, eleve el umbral electoral y desincentive prácticas que debilitan la democracia. Pero también necesita volver a creer en la política como herramienta de representación real. Eso implica reemplazar el amiguismo por mérito, servicio público y transparencia, y promover liderazgos con arraigo social, capaces de caminar el país con escucha, empatía y sentido de responsabilidad histórica.

Para la discusión política

- **Fragmentación política y narrativa:** principal debilidad del campo democrático y progresista.
- **El populismo avanza donde no hay articulación** ni proyecto común reconocible.
- **Nueva casa común socialdemócrata:** identidad clara y vocación de poder.
- **Fin de la dependencia estructural de una sola fuerza:** avanzar con quienes estén disponibles.
- **Ecosistema progresista existente:** partidos, independientes, liderazgos territoriales y redes políticas.
- **Organización, articulación y conducción** como

claves del reordenamiento político.

- **Proceso abierto y participativo:** romper prácticas cupulares para ganar legitimidad social.
- **Apertura estratégica con principios firmes:** flexibilidad sin diluir identidad.
- **PPD como articulador de la “Casa Grande”:** federación con DC, FRVS, PR y PL, con plazos y reglas claras.
- **Convergencias amplias con DC, FRVS y expec-**

tativa de encuentro con el PS desde la historia compartida.

- **Unidad como proceso político,** no como decreto administrativo.
- **Reforma política y liderazgos** con arraigo social para construir gobernabilidad real.

6.

PROPÓSITO POLÍTICO: VOLVER A SERVIR, VOLVER A CONVOCAR

El sexto desafío es **recuperar el propósito político**. La política no puede reducirse a administrar lo posible ni a gestionar lo inmediato. Cuando eso ocurre, pierde sentido, se vuelve defensiva y deja de convocar. Su razón más profunda siempre ha sido otra: **abrir horizontes, empujar límites y ampliar derechos**, incluso cuando hacerlo implica incomodar, disputar y tomar decisiones difíciles.

La socialdemocracia y el progresismo democrático nacieron precisamente para sostener una idea que hoy vuelve a ser urgente: **justicia social y libertad no son opuestos, se refuerzan mutuamente**. Su promesa original fue demostrar que el progreso solo es real cuando llega a todos, y que ningún país avanza de verdad si normaliza desigualdades que condenan a parte de su población a vivir siempre al margen. Cuando esa promesa se diluye, la política se vacía y deja espacio a proyectos que ofrecen orden sin dignidad o eficiencia sin derechos.

Hoy, sin embargo, la política corre el riesgo de convertirse en un ejercicio de **reacción permanente**. En un entorno dominado por trending topics, métricas digitales y encuestas volátiles, muchas decisiones se toman mirando el corto plazo, la próxima polémica o el próximo titular. Ese clima favorece el oportunismo, debilita la coherencia y profundiza la distancia entre la política y la vida real de las personas.

Por eso urge **volver a lo esencial**. Escuchar con atención, caminar los territorios, mirar a las personas a los ojos, comprender sus trayectorias,

miedos y expectativas. La ciudadanía no busca salvadores ni discursos grandilocuentes; busca **coherencia**. No espera promesas épicas que se evaporan, sino compromisos sostenidos, visibles y honestos. Cuando lo que se dice no se parece a lo que se hace, la confianza se rompe, y no se reconstruye con slogans.

El propósito no se proclama: **se demuestra**. No vive en los relatos, vive en las decisiones concretas y en la forma de ejercer el poder. Recuperar la legitimidad de la política implica volver a ponerla **al servicio de las personas**, no de las élites, de las lógicas internas ni de las coyunturas comunicacionales. Implica impulsar transformaciones que se sientan en la vida cotidiana: en el tiempo disponible, en el bienestar, en la seguridad, en las oportunidades reales y en la dignidad con que se vive.

En este nuevo ciclo, ese propósito también debe dialogar con los **desafíos del siglo XXI**. El campo democrático no puede eludir la dimensión tecnológica del poder. Se requiere avanzar hacia un **tecnoprogresismo humanista**, capaz de democratizar Internet, proteger los derechos digitales, regular el uso de datos, anticipar el tecno-autoritarismo y evitar que la tecnología se convierta en una nueva fuente de desigualdad, manipulación o control. Al mismo tiempo, es indispensable una **agenda social expandida** que aborde temas largamente postergados: natalidad, cuidados, envejecimiento, salud mental y nuevas formas de precariedad que afectan especialmente a mujeres, jóvenes y sectores medios.

Recuperar el propósito no es un ejercicio nostálgico ni identitario. Es una **tarea política urgente**. Sin propósito, la política administra la inercia. Con propósito, vuelve a ser una herramienta de transformación, sentido y esperanza colectiva.

Para la discusión política

- **La política pierde sentido** cuando se limita a gestionar lo inmediato.
- **Justicia social y libertad como pilares complementarios**, no como dilema ideológico.
- **Crisis de coherencia**: reacción permanente versus proyecto de largo plazo.
- **Volver a lo esencial**: escucha territorial, presencia y empatía real.

- **La ciudadanía busca coherencia**, no épica vacía.
- **El propósito se demuestra** en decisiones concretas, no en slogans.
- **Política al servicio de las personas**, no de las élites ni de la coyuntura.
- **Transformaciones palpables en tiempo**, bienestar, seguridad y dignidad.
- **Tecno-progresismo humanista**: derechos digitales, democracia y control del poder tecnológico.
- **Agenda social expandida**: cuidados, natalidad, vejez, salud mental y nuevas precariedades.

7.

CUIDADO Y BIENESTAR: LA DEMOCRACIA QUE SOSTIENE LA VIDA

El séptimo desafío es **reconocer el cuidado como eje estructural del campo democrático, de la socialdemocracia y del progresismo**. Durante décadas, la política chilena ha ignorado una dimensión central de la vida social: **el cuidado de las niñeces y adolescencias**, de la salud, del tiempo, de las infancias, de la vejez, de los territorios y de la vida cotidiana. Se legisló y gobernó como si la vida se sostuviera sola, como si el bienestar fuera automático y como si el desgaste cotidiano no tuviera consecuencias políticas. Ese error hoy pasa la cuenta.

El campo democrático solo tendrá sentido si asume que la democracia no se sostiene únicamente en instituciones formales ni en reglas electorales, sino también en los **silencios, las cargas invisibles y las desigualdades que no aparecen en las noticias**. Millones de personas —especialmente mujeres, cuidadoras, niñeces y adolescencias vulneradas, personas con discapacidad, personas neurodivergentes, diversidades y habitantes de zonas rurales— viven una injusticia persistente: la desigualdad del tiempo, del agotamiento y de la falta de apoyo. Esta no es una experiencia individual ni un problema privado; es una **crisis estructural de los cuidados**. Y cuando la democracia no cuida, se fractura.

Entender el cuidado como eje democrático implica **ampliar su significado**. Cuidar no es solo una política social: es una forma de ordenar las prioridades del Estado y de la convivencia. Hablamos de cuidado cuando hablamos de **seguridad**, porque sin barrios seguros no hay vida digna ni libertad

real, y **porque las niñeces no pueden crecer con miedo**. Hablamos de cuidado cuando hablamos de **salud**, porque sin acceso oportuno y de calidad el bienestar se vuelve una promesa vacía, especialmente en las primeras etapas de la vida. Y hablamos de cuidado cuando abordamos la **migración**, porque un país que cuida es aquel que integra con reglas claras, humanidad y responsabilidad, sin renunciar al orden ni a la cohesión social, **protegiendo especialmente a niñas, niños y adolescentes**.

El cuidado, entendido de manera amplia, es la respuesta política a una sociedad cansada de vivir a la intemperie, expuesta a la incertidumbre, al miedo y al abandono. **Cuidarnos —como comunidad y como país— es hoy una demanda transversal**, que atraviesa edades, territorios e identidades, y que interpela directamente al proyecto democrático, **desde las niñeces hasta la vejez**.

Reconstruir un proyecto socialdemócrata exige, por tanto, avanzar hacia un **Pacto de Bienestar y Cuidados**, entendiendo que el bienestar no es un beneficio accesorio ni una política compensatoria, sino un **derecho democrático**. Esto implica pasar de un Estado que solo gestiona a un **Estado que cuida**: que reconoce el trabajo de cuidados como base de la economía y de la vida social; que garantiza la salud mental con acceso territorial real; que integra la perspectiva de género y la inclusión de manera efectiva; **que protege y acompaña a las niñeces como prioridad democrática**; y que reconoce la diversidad humana como parte constitutiva de la ciudadanía.

Poner el cuidado al centro no debilita al Estado: **lo fortalece**. Un Estado que cuida es un Estado que protege, previene y actúa; que garantiza seguridad sin renunciar a los derechos; que fortalece la salud pública como columna del bienestar; y que enfrenta los desafíos migratorios con políticas serias, integradoras y sostenibles. **Cuidar es ejercer el poder pensando en el presente, pero también en el futuro que encarnan las niñeces**: con responsabilidad, límites claros y sentido humano.

Una política que no cuida no convoca. Una democracia que no incluye no representa. El cuidado no es un complemento del proyecto democrático: es una de sus **condiciones de posibilidad**, especialmente cuando se trata de garantizar trayectorias de vida dignas desde la infancia.

- **Crisis de los cuidados como problema estructural**, no individual ni privado.
- **Niñeces como prioridad democrática**: cuidar hoy es asegurar el futuro.
- **Cuidado ampliado**: seguridad, salud y migración como dimensiones del mismo marco.
- **Desigualdad del tiempo y del agotamiento como nueva frontera** de la injusticia social.
- **Pacto de Bienestar y Cuidados**: bienestar como derecho democrático.
- **Estado que cuida**: protección, prevención y acción con sentido humano.
- **Reconocimiento del trabajo de cuidados** como base de la economía y de la vida social.
- **Democracia inclusiva**: niñeces, mujeres, cuidadoras, territorios, neurodiversidad y ruralidad.

Para la discusión política

- **El cuidado como eje democrático**: sin cuidado, la democracia se fractura.

LA HORA DEL PROYECTO COMÚN

Chile vive un punto de inflexión. El agotamiento social, la fragmentación política y el avance de proyectos autoritarios no son fenómenos aislados: son la consecuencia de una política que durante demasiado tiempo perdió capacidad de **escuchar, ordenar y proyectar futuro**. Este documento parte de una convicción clara: **no basta con resistir**, es imprescindible **reconstruir una alternativa democrática con vocación de mayoría**.

La socialdemocracia, el progresismo y la centroizquierda democrática enfrentan hoy una responsabilidad histórica. Si queremos volver a ser mayoría para los cambios, no podemos seguir siendo espectadores ni vagón de cola de proyectos ajenos. Se requiere **autonomía estratégica, identidad clara y capacidad de articulación**, para reencontrarnos con la sociedad real, entender sus miedos, sus demandas y sus expectativas, y volver a convocar con un proyecto reconocible.

Los desafíos abordados en este texto —democracia efectiva, desarrollo con cohesión, seguridad, sostenibilidad, articulación política, propósito y cuidado— no son capítulos independientes. Son partes de una misma pregunta de fondo: **¿cómo volvemos a construir un proyecto común en un país cansado de promesas vacías?** La respuesta no está en la nostalgia ni en la administración de la inercia, sino en la capacidad de **decidir, ordenar y actuar**.

Este es un llamado a asumir que el tiempo es ahora. No dentro de cuatro años, no después del próximo ciclo electoral. **Ahora**. Con realismo, con coraje y con sentido de responsabilidad histórica. Reconstruir una fuerza democrática amplia, moderna y territorial no es un gesto identitario: es una necesidad política para que Chile no retroceda en derechos, cohesión y dignidad.

La Fundación por la Democracia asume este desafío desde una idea simple y exigente: **la política solo tiene sentido cuando sirve a las personas y no a sí misma**. Volver a dar sentido a la política no es un eslogan; es recuperar su alma, su vocación transformadora y su capacidad de cuidar la vida en común.

Entre la fragmentación y la esperanza, el camino está claro. **Del agotamiento al proyecto común** no es solo el título de este documento: es la tarea política que Chile hoy nos exige asumir.



Democracia que se vive, futuro que se construye

Coordinación política y editorial:

Fundación por la Democracia

Diseño, sistematización y edición:

Equipo de trabajo FPD

Aportes y participación:

Dirigentes y dirigentes políticos, autoridades locales, militantes, independientes y personas vinculadas al campo democrático que participaron en las instancias de reflexión, discusión y sistematización desarrolladas entre agosto y diciembre de 2025.